

X

A las 11 en punto, los sargentos Aníbal Gómez y Luis Martínez estacionaron el auto particular que conducía el primero de ellos frente a la entrada del *petit hôtel* en el que Ariel Rosenthal, a cargo de la Fiscalía Antiterrorista de la Nación (FAN), residía desde que se había separado de su esposa y madre de sus dos hijas adolescentes. Este barrio parecía una especie de isla urbana rodeada por edificios de departamentos, amplias plazas, imponentes monumentos y las fortificadas sedes de las distintas embajadas y dependencias públicas como la Secretaría de Seguridad de la Nación; todo ello disimulado bajo frondosas arboledas y angostas calles de adoquines con aires de la vieja Europa. Es que si bien se encontraba en pleno corazón porteño, era un sector de la ciudad que originariamente había sido propiedad de una poderosa familia inglesa que supo ostentar una quinta de 80 hectáreas, la cual fue comprada luego por el Gobierno y diseñada, con gusto francés, como una barriada con un mirador para aprovechar la altura del terreno que proporcionaba una hermosa vista del río, lo que con los años y el desarrollo inmobiliario se fue perdiendo de a poco, aunque residentes como el fiscal que ocupaba un departamento en el octavo piso aun podía ver la costa.

Los dos sargentos de la Policía Federal Argentina (PFA) estaban asignados a la custodia de Rosenthal, por lo que iban vestidos de civil y a bordo de un vehículo propiedad de la FAN. Es que su tarea no era permanente y sólo se aplicaba a los traslados y desplazamientos del custodiado y era éste quién habitualmente los llamaba por celular para indicarles cuándo y adónde se iba a dirigir.

El conductor del auto apagó el motor pero dejó las llaves de ignición en contacto para que el aire acondicionado siguiese funcionando ya que se trataba de una mañana soleada de mediados de enero. Y luego de saludar al portero del edificio desde el

interior del vehículo estacionado junto al cordón de la vereda, los dos sargentos aguardaron alguna indicación de parte del fiscal pero como éste no se comunicó con ellos, alrededor de las 13, Gómez llamó telefónicamente al suboficial Oscar Benítez, quien había sido el encargado de la custodia la noche anterior.

En total, el fiscal Rosenthal tenía asignado 10 custodios, divididos en dos grupos de cinco que cubrían turnos rotativos un día cada uno y abarcaban los traslados desde el departamento hasta la oficina, domicilios de familiares y lugares públicos como restoranes, bares y boliches porteños. Por ello, los días laborables, la custodia se extendía hasta las 22 o 23, como máximo, y los fines de semana hasta las 6.

Y el protocolo que siempre seguían era el siguiente: pasaban a buscar el auto por la fiscalía y se dirigían al lugar y horario indicados por Rosenthal. Pero una vez que llegaban a ese destino, no debían avisarle que lo habían hecho, sino que aquel los llamaría para darle nuevas instrucciones. Y sólo en caso de que estuviese lloviendo, los custodios ingresaban el auto al estacionamiento del edificio; sino, aguardaban siempre en la calle.

En ese marco, el sargento le preguntó a Benítez si él había recibido alguna noticia reciente de Rosenthal y aquel le respondió que no y que durante la noche no había advertido nada extraño ni sospechoso en los movimientos del fiscal, quien le indicó que iba a requerir la custodia a las 11 del día siguiente; una orden que el segundo le pasó posteriormente al primero ya que al funcionario no le agradaba demasiado hablar directamente con los policías.

Al no tener contacto alguno con Rosenthal en las siguientes tres horas, Gómez, a instancias Martínez, quien parecía ser el más preocupado por aquella situación ya que los otros dos decían estar acostumbrados a que el fiscal nos les hablara por largos períodos, especialmente un domingo, se comunicó con una de las secretarías del fiscal,

Martina Pearson, quien ante los dichos del sargento llamó primero a su jefe y como no obtuvo respuesta alguna hizo lo mismo con la madre de aquel, Silvia Gottfried, que también fracasó en sus reiterados intentos de hablar con su hijo, por lo que cerca de las 18 se contactó con los dos custodios y les dijo que ella tenía llaves del departamento de su hijo y que podían pasar a buscarlas por su casa, ubicada no muy lejos *petit hôtel*.

Entonces, los dos policías abandonaron su puesto -según ellos una custodia así no estaba debidamente reglamentada como la de funcionarios gubernamentales y dignatarios extranjeros de visita en el país y la protección de objetivos federales- y a bordo del auto fueron hasta el domicilio de Gottfried, el cual ya conocían ya que en otras ocasiones previas Rosenthal les había pedido que fuesen a buscar a su madre. De hecho, la última vez que Gómez y Martínez habían visto al fiscal fue cuando llevaron a éste a almorzar con la mamá a Puerto Madero y la regresaron a su vivienda, aunque previamente la acompañaron a realizar unas compras en el supermercado y hasta cargaron con las bolsas, a pesar de que esta tarea nada tenía que ver con sus funciones.

Esta vez, Gottfried decidió volver con los dos custodios, y junto a su amiga Mirta Chávez, hasta el departamento de su hijo ya que lo había llamado insistentemente a su celular sin resultados positivos desde que la alertó la secretaria Pearson y estaba bastante alterada.

Estos cuatro arribaron al edificio de Rosenthal a las 19.30 y tras tocar a la puerta principal del inmueble de su hijo y no obtener respuestas, Gottfried intentó abrir pero no pudo porque del lado de adentro de la cerradura estaba colocada la llave, por lo que el sargento Gómez le aconsejó que llamaran a un cerrajero, el cual se hizo presente en el lugar una hora más tarde, cuando ya comenzaba a anochecer y en la calle había cada vez menos movimiento, que no abundaba habitualmente ya que se trataba de un sector residencial, con escasos comercios en los alrededores y donde sólo aportaban cierto

ajetreo de personas el hospital y la biblioteca pública, aunque estos estaban un poco más alejados, sobre las dos principales avenidas que delimitaban la “isla”.

Los sargentos Gómez y Martínez permanecieron en el pasillo, donde había quedado tirado en el suelo y cerca de la entrada al departamento un ejemplar del matutino que Rosenthal se hacía enviar todos los días, mientras Gottfried se dirigió apresurada hasta la puerta de servicio junto a su amiga y el cerrajero.

“Para mí que anoche se fue de joda, se acostó tardísimo y totalmente en pedo, y hoy se quedó dormido”, le dijo por lo bajo el sargento Gómez a su colega Martínez, quien miraba hacia el piso, sobre el que se alcanzaba a ver la tapa del diario dominical que rezaba: “Tensión. Legisladores oficialistas dicen que defenderán con uñas y dientes a la Presidente de la Nación acusado por el fiscal Ariel Rosenthal, quien mañana debe dar su informe en el Congreso.”

Momentos después, Martínez decidió ir a buscar el auto a la calle e ingresarlo al estacionamiento techado del edificio ya que había comenzado a llover, en tanto que Gómez permaneció frente a la puerta principal del departamento del fiscal, esperando novedades y ojeando el diario.

El nombre de Rosenthal había acaparado la atención de los medios de prensa desde principios de año, cuando el fiscal formalizó una denuncia penal en contra de la Presidente y otros funcionarios del gobierno y allegados a éste, como el líder piquetero Díaz, por el presunto encubrimiento de los prófugos por el atentado terrorista cometido veinte años antes contra la Fundación Justicia y Solidaridad (FJS), la principal ONG de ayuda social para la comunidad judía en el país, cuya sede central estaba ubicada en el Capital Federal y en la que murieron decenas de personas a raíz de la explosión de un coche bomba.

De acuerdo a la acusación, el encubrimiento se debió a que los terroristas respondían al gobierno de Irán, con el que justamente el Poder Ejecutivo mantenía negocios de sumo interés ya que los persas proporcionaban los barriles de petróleo necesarios para paliar la crisis energética local. Según Rosenthal, para no poner en riesgo esta operación comercial, los funcionarios de ambos países habían acordado extraoficialmente que Argentina no perseguiría a los imputados del ataque terrorista – los cuáles eran investigados en otra causa que tenía a su cargo el fiscal federal- a cambio de un crudo barato.

Sin embargo, las relaciones con Irán no siempre habían sido así de cordiales. De hecho, en la época en que se produjo el atentado contra la FJS, los persas querían vengarse de que el gobierno de aquel entonces había cancelado unilateralmente, y por presiones de los poderosos del Norte, el programa de transferencia nuclear que existía desde los últimos años de Sha, cuando éste todavía era un valioso aliado de aquellos que establecían el orden internacional.

Lo cierto es que luego de formular esta gravísima denuncia, Rosenthal recibió varias amenazas de muerte, aunque esta situación no preocupó demasiado a la custodia policial ya que se trataba de algo habitual en funcionarios con este tipo de trabajo.

Minutos después de la partida del sargento Martínez, Gottfried y su amiga salieron desesperadas al pasillo y le avisaron a Gómez que acababan de entrar y ver a Rosenthal tirado en el piso del baño pero que no habían podido abrir la puerta de ese ambiente porque el cuerpo obstruía el ingreso al mismo.

Ante esta situación, Gottfried llamó a una ambulancia del servicio de medicina prepaga de cubría a su hijo, mientras que Gómez se comunicó con Martínez, quien se

encontraba con el auto en el estacionamiento del edificio, y también con su superior inmediato, el comisario Luis Nicotra, jefe de la custodia, para pasarles la novedad.

Nicotra arribó al lugar casi al mismo tiempo que el médico de la prepaga, quien ingresó al departamento junto a Gottfried y la amiga de ésta, en tanto que el cerrajero se quedó en el pasillo con los tres policías y el portero, que también había sido alertado de la situación.

Y cuando la puerta principal finalmente se abrió desde el interior del departamento, Chávez salió con los ojos vidriosos y el rostro pálido y les comunicó a los custodios que el médico había logrado entrar al baño, que estaba a oscuras al igual que el resto de los ambientes, y certificar que el fiscal yacía muerto sobre un charco de sangre y junto a un revólver. “Se pegó un tiro”, alcanzó a decirles repitiendo las palabras del facultativo.

“No entiendo por qué no tiraron la puerta mucho tiempo antes”, le recriminó la mujer al comisario Nicotra, quien decidió entrar junto a ésta al departamento, donde Gottfried estaba siendo asistida por el mismo médico de la prepaga ya que se había descompensado al enterarse de la muerte violenta de su hijo.

El jefe policial intentó explicarle a Chávez que derribar la puerta hubiese implicado el delito de allanamiento de morada y violación de domicilio, pero los nervios lo hicieron tartamudear, por lo que la mujer no le prestó atención y se quedó acompañando a su amiga, que estaba recostada sobre uno de los sillones de living. Entonces, el comisario Nicotra se asomó por la puerta del baño y sin tocar nada y a la distancia comprobó la existencia del cadáver, la sangre y el arma de fuego, por lo que irradió el alerta para que se iniciara el protocolo correspondiente.

En breve, el inmueble se convirtió en una escena del crimen, copada por efectivos de la fuerza, médicos del Servicio de Atención de la Ciudad y hasta el

secretario de Seguridad de la Nación, Santiago Veltri, quien se encontraba en su oficina cuando recibió la noticia sobre la muerte del fiscal y a pesar de que estaba a un par de cuadras de distancia del edificio de Rosenthal se dirigió hasta allí en auto y se hizo cargo del operativo, ante lo cual, los custodios Nicotra, Gómez y Martínez permanecieron en el hall de la planta baja viendo como comenzaban a entrar y salir los funcionarios policiales y judiciales, entre ellos, el jefe de la PFA y la jueza de Instrucción en turno, Mirta Ferreyra, quien dispuso la intervención de los peritos de la Gendarmería Nacional y la Policía de la Ciudad ya que los custodios eran federales y podrían estar involucrados.

Sólo el superintendente de la jurisdicción bajó en un momento de la madrugada para preguntarle al comisario Nicotra qué había ocurrido y aquel le comentó lo que él había visto y lo que los sargentos a su cargo le habían manifestado.

El operativo terminó cerca de las 8 de la mañana siguiente, cuando todos los presentes se retiraron en medio de un enjambre de periodistas que se habían enterado de la muerte del fiscal a través de la red social *Twitter*, en la que un colega de un medio israelí publicó el dato sobre el supuesto suicidio y luego abordó un vuelo en el que salió del país ya que temía por las represalias que pudiese sufrir de parte de los aparatos de inteligencia que, según él, estaban detrás de lo ocurrido.

Desde el edificio del fiscal, el cadáver de éste fue trasladado a la Morgue Judicial casi al mismo tiempo en que el jefe de la custodia, Gottfried, su amiga, el cerrajero, el médico de la prepaga y el portero fueron llevados a declarar al juzgado de Ferreyra para que dieran oficialmente su versión de los hechos.

Ante la magistrada, el comisario Nicotra admitió que nunca se hubiese imaginado que algo así podía ocurrir en un edificio seguro y vigilado -contaba con cámaras de video al igual que toda la cuadra- y, sobre todo, porque Rosenthal sólo

recibía visitas de su extrema confianza y, más allá de las amenazas que a él no le constaban, jamás había evidenciado un comportamiento que hiciera sospechar de un posible suicidio.

También dijo que los sargentos Gómez y Martínez compartían su mismo criterio y que estos dos no ingresaron al departamento del fiscal en ningún momento por expresa orden suya.

Otro de los testigos claves que declaró más tarde ese mismo día fue Darío López, un experto en Informática que trabajaba como asesor de confianza de Rosenthal en la FAN y quien admitió que el revólver calibre .22 secuestrado junto al cuerpo del fiscal era de su propiedad y que él mismo se lo había prestado a su jefe el sábado y por pedido de éste.

López, cuyo trabajo como perito había sido determinante en el análisis de información en el que se basó la denuncia de Rosenthal por el encubrimiento del atentado terrorista de la FJS, contó que ese día anterior al hallazgo del cadáver recibió un llamado del fiscal y que alrededor de las 16 fue a verlo al departamento donde le entregó el arma de fuego, la cual él dijo que no utilizaba hacía mucho tiempo al punto que desconocía si funcionaba correctamente.

El asesor admitió que estaba acostumbrado a reunirse con el fiscal en el domicilio particular de éste, por lo que conocía los movimientos del edificio y sus alrededores.

López declaró que entró al departamento de Rosenthal por la puerta de servicio, como casi siempre lo hacía, y que el fiscal lo recibió en el living donde él pudo ver que sobre la mesa redonda de ese ambiente había una pila de documentos encarpados referidos a la denuncia contra la Presidente y los otros funcionarios que debía ampliar el lunes siguiente en el Congreso.

Sin embargo, el testigo dijo que no hablaron sobre ese tema sino acerca del arma que le había pedido. “Le pregunté para qué la quería y me dijo que tenía miedo por sus hijas”, relató López y agregó que entonces él le indicó que se quedara tranquilo ya que contaban con custodia. “Yo ya no confío ni en los custodia` me dijo”, recordó el asesor y añadió que en ese momento su jefe se quebró y expresó: “Vos no sabés lo que se siente cuando tus propios hijos no quieren estar con vos por temor a que les pase algo.”

Entonces López le dijo que no llevaba el arma consigo, por lo que ante la insistencia de su jefe fue hasta su casa a buscar el revólver y regresó al departamento cerca de las 19, cuando volvió a subir custodiado por el suboficial Benítez, quien siempre permaneció fuera del inmueble.

El asesor contó que transportó el arma dentro de una mochila suya y que se la entregó a Rosenthal junto a la documentación reglamentaria de la misma. “No la voy a usar. Es para guardarla en la guantera del auto, por las dudas”, recordó el testigo que le dijo su jefe, a pesar de lo cuál, le dio indicaciones básicas sobre cómo utilizar el revólver: cargarlo, descargarlo, colocar el dedo índice en el gatillo y el pulgar en el percutor.

“Lo vi muy shockeado por la situación. De hecho, le pregunté si me convidaba un café y me dijo que me lo preparara yo mismo. Eso me llamó la atención. Así que me hice el café, me lo tomé en el living mientras él cargó y descargó el arma, y después me fui”, indicó López y, por último, contó que el domingo cerca del mediodía envió un mensaje instantáneo al celular de Rosenthal para preguntarle si estaba más tranquilo pero aquel nunca le respondió.

Las dudas acerca de la muerte del fiscal Rosenthal sobrevolaron la investigación judicial desde el inicio y a la confusión se sumó rápidamente la polémica sobre las

presuntas irregularidades en la tarea justamente desplegada por los pesquisas, en especial, en la escena del crimen.

Todavía repercutían en la prensa nacional e internacional las declaraciones del asesor López cuando un matutino local publicó una entrevista a Juan, la ex pareja de Ana, quien había sido convocado como testigo presencial de las diligencias policiales y judiciales inmediatamente posteriores al hallazgo del cuerpo de Rosenthal en el interior de su departamento del fiscal.

“Salí de trabajar en el hotel ubicado a pocas cuadras y en vez de ir a la parada de colectivos, como siempre, decidí, como era tarde, ir a tomar un taxi. Y mientras caminaba solo por la avenida, de repente, un patrullero se me cruzó en la esquina. Al principio me asusté porque no entendía nada”, relató el testigo.

Según Juan, del móvil descendieron dos efectivos que le preguntaron si llevaba consigo su documento de identidad y cuando él les respondió que “sí”, lo subieron al patrullero y lo llevaron hasta el departamento de Rosenthal.

“En el camino, que fue muy breve porque estábamos ahí nomás, apenas me dijeron que necesitaban testigos porque había muerto una persona, aunque no me dijeron cómo había fallecido”, indicó el joven.

Juan contó que al arribar al hall del edificio observó una gran cantidad de policías y que los dos efectivos que lo llevaron hasta allí le dijeron que sólo iba a tardar unos “quince minutos”.

“Entonces les pregunté quién se había muerto, porque por el movimiento que veía en el lugar sospeché que era alguien importante, y ahí me dijeron que se trataba del fiscal Rosenthal, de quien yo apenas había oído hablar. Es más, hasta ese día creo que nunca había visto una foto de él”, precisó y agregó que mientras esperaba a que lo acompañaran hasta el departamento del octavo piso buscó datos del fallecido en Internet

y desde su *smartphone* y cuando leyó las últimas noticias sobre la reciente denuncia del funcionario judicial sintió ganas de morirse porque comprendió que se trataba de algo “muy grave”.

El testigo contó que minutos después lo llevaron hasta el departamento de Rosenthal pero que no le permitieron entrar enseguida, sino que primero tuvo que aguardar otro rato en el pasillo, frente a la puerta de servicio, y que desde allí escuchó el andar de una aspiradora proveniente del interior del inmueble, lo que le llamó la atención.

“Cuando entré al departamento me hicieron sentar en el living y me encontré con una escena muy similar a la que uno puede tener en una reunión en su casa con amigos, charlando relajados, riendo y tomando algo”, continuó Juan, quien dijo que desde su posición llegó a contar la presencia de al menos 50 personas en el lugar.

El joven contó que él permaneció sentado mientras se llevaban distintos procedimientos pero que nunca llegó a ver el cuerpo del fiscal; sólo observó una bolsa “negra y grande” que “llevaban de un lado al otro en una camilla” y supuso que dentro de la misma cargaban el cadáver.

“Lo camilleros no sabía bien qué hacer. Salieron por una puerta, volvieron a entrar y salieron por la otra. Se reían a carcajadas adelante de todos”, relató Juan, quien dijo que junto a la bolsa negra cargaron también unas toallas manchadas con sangre.

Respecto a si reconoció a algunos de los presentes en el interior del departamento, el testigo dijo que en el momento no, pero que al día siguiente, al ver imágenes de la noticia en los distintos medios, supo que había visto a la jueza de la causa y al secretario Veltri.

“También vi a un grupo de policías que estaban como locos, subrayando con marcadores unos papeles dentro de unas carpetas que había arriba de la mesa redonda del living”, indicó.

Según Juan, sobre dicha mesa también había una computadora portátil y que escuchó que la madre del fiscal decía que era la de su hijo y que cuando ella entró al departamento vio que la pantalla de la misma estaba “encendida”.

“Yo no soy perito pero todo me pareció poco serio e irregular. Especialmente porque se trataba de la muerte de una persona importante”, opinó el testigo.

Juan se quejó de que los minutos se convirtieron en horas y que cuando comenzó a amanecer, alguien le ofreció café mientras que unos policías se pusieron a tomar mates y comer facturas.

“El propio portero que estaba conmigo me dijo que la máquina que estaba en la cocina y usaron para preparar el café era la del propio fiscal, lo que me pareció un delirio”, se indignó el testigo, quien luego de beber el café pidió permiso para ir al baño y los policías lo hicieron pasar al de servicio que funcionaba en el mismo departamento. “Otra locura”, según él y añadió que en todo momento trató de no tocar nada, aunque la mayoría de los demás presentes no se comportó de la misma manera.

Juan estaba recostado en el sillón, agotado, cuando vio a uno de los peritos que le había dicho a él que no tocara nada cómo se puso a hablar “como si nada” por el teléfono celular del fiscal Rosenthal, el cual luego dejó apoyado sobre la mesa redonda y se alejó para ir a buscar “algo”.

“A los pocos segundos el teléfono empezó a sonar y un policía, que ni siquiera tenía guantes como el perito, lo tomó y atendió. Entonces yo le dije que no lo tocara porque iba a dejar todas sus huellas en el aparato y el policía se rió a carcajadas y lo

volvió a dejar sobre la mesa. Enseguida volvió el perito y guardó el celular en una bolsa tipo Ziploc”, contó Juan.

Consultado sobre el accionar de la jueza Ferreyra, el testigo dijo que después de que se retiró Veltri ella fue quien impartió todas las directivas, las cuales “no fueron muchas”, y que en un momento la escuchó decir que había “cinco casquillos de bala”.

“La vi alzar uno de los casquillos adelante de todos y guardarlo en una de las bolsas tipo Ziploc”, señaló y aclaró que con su celular tomó varias fotografías sobre los principales episodios descriptos para protegerse en caso de que en un futuro alguien lo acusara de mentir al respecto.

“También la escuché decir que a los periodistas no les iba a decir que se trataba de un suicidio sino de una muerte dudosa. Sentí mucho miedo, sobre todo cuando antes de irme, a eso de las nueve de la mañana, me hicieron firmar unas actas que ni siquiera me dejaron leer porque estaba apurados”, recordó.

Juan añadió que no le devolvieron su DNI esa mañana y que al día siguiente lo hicieron ir al edificio de Gendarmería para firmar otras actas que tampoco le dejaron leer, y le dijeron que si no las firmaba no le iban a dar su documento, por lo que él accedió a lo que le pedían.

El testigo denunció que desde esa misma tarde comenzó a recibir “llamados extraños” a su casa y su teléfono celular de parte de hombres distintos que preguntan por su nombre y si había sido testigo del caso.

“También me llaman al trabajo, se ríen o insultan y me cortan. Así que estoy muy asustado y mi novia también. Necesitamos protección pero nadie nos la brinda. Por eso decidí hablar con la prensa”, sostuvo.

Ante esta situación, Juan dijo que se fue de su casa, que dio de baja su línea de celular y que estaba buscando un abogado, al tiempo que remarcó que se encontraba dispuesto a declarar todo esto ante la justicia porque no tenía “nada que ocultar”.

“Yo no tengo ningún interés político. Simplemente cuento lo que vi”, concluyó el testigo en su entrevista, mismo relato, palabras más, palabras menos, que luego brindó a otros medios que lo contactaron y que llegaron al conocimiento de Manu el mismo día que fueron publicadas.

Las presuntas irregularidades cometidas por los investigadores en la escena del crimen fueron un chorro de nafta en medio de la fogata que, a su vez, se alimentaba de continuas teorías conspirativas y rumores, por lo que la jueza Ferreyra, quien nunca antes había hablado con la prensa, salió a desmentir públicamente los dichos del testigo Juan.

“Quiero ser concreta para poder responder a todas las inquietudes que ha planteado este testigo. Ante todo, no hubo ningún clima de jarana como el que este joven describió. Es una locura tan sólo pensarlo con semejante suceso”, sostuvo la magistrada en una entrevista radial.

Ferreyra recordó que cuando la llamaron por teléfono para avisarle sobre lo ocurrido no lo pudo “creer” y que cuando arribó al departamento del fiscal Rosenthal ya se encontraba allí el personal de Policía Científica de PFA, el cual, según ella, “trabajó prolijamente” al igual que las otras divisiones de las fuerzas de seguridad que intervinieron, todo ello, delante de la presencia de la madre del fallecido, el fiscal de turno y otros testigos.

“Se trabajó de manera impecable y así quedó reflejado en el expediente”, señaló la funcionaria judicial, quien estaba de turno hasta fines de enero y cuando se levantara

la feria tenía previsto tomarse unas largas vacaciones en el exterior, aunque ante tamaño caso puso en duda que, efectivamente, se fuese de viaje tal como lo había planeado.

Ya en su tono de voz se notó que la jueza estaba más que molesta por las declaraciones de Juan y en todo momento negó que los hechos hubiesen sucedido como aquel los describió, al tiempo que lamentó que el caso se estuviese convirtiendo en una especie de “show”.

“Los dichos de este joven son una falta de respeto hacia todo el personal, incluyéndome, que tiene muchos años de experiencia en este tipo de trabajo. Y espero que esta persona se acerque al juzgado y declare todo esto en el expediente. Que se haga cargo de lo que afirma”, indicó la jueza que, de hecho, estaba a punto de jubilarse luego de una larga carrera en el Poder Judicial de la Nación.

Ferreira aclaró, según ella “para qué toda la gente entienda”, que en la escena del crimen “no se hacen los peritajes sino que se secuestran los elementos de prueba para su posterior análisis y se labran actas para que quede debida constancia de lo que se incautó” y que “eso se traslada en custodia a los laboratorios científicos de la Policía Federal”.

Pero lo que no precisó la magistrada es que si se cometían irregularidades en el levantamiento de las evidencias en el lugar del hecho, estas pruebas podían quedar contaminadas y, por ende, el resultado de los posteriores peritajes terminaría siendo inválido.

“Es absurdo pensar que yo haya tomado con mis manos los casquillos como este testigo dice. Para tocar estos elementos están los técnicos especializados”, sostuvo la jueza y después se refirió al traslado del cadáver, también cuestionado por Juan: “El cuerpo del fiscal salió resguardado desde la puerta del departamento por mi secretario, quien acompañó todo el recorrido en su propio auto y fue el que firmó el acta de

reconocimiento de la víctima en la Morgue Judicial. Y durante el trayecto, la camioneta de los peritos estuvo custodiada por personal policial en moto.”

Ferreya descartó que haya habido “cincuenta personas” presentes en el lugar, sino que, de acuerdo a sus cálculos, hubo entre “quince y veinte”, y aseguró que era “totalmente falso” que al alguien haya hablado por el celular del fiscal y que se haya utilizado la cafetera de Rosenthal porque el compartimento con las cápsulas que necesitaba ese aparato estaba “lleno” tanto cuando llegaron al lugar como al momento de retirarse.

Consultada sobre los documentos encarpados que estaban arriba de la mesa del living, la jueza detalló que para evitar que se “extraviaran” o “se conociera su contenido” se “filmaron y foliaron cada una de las hojas”.

“Lo que se asentó en las actas fue únicamente como comenzaba y cómo terminaba cada una de las hojas para evitar también que fuesen adulteradas”, añadió Ferreyra, quien juró que mientras ella estuvo presente en la escena del crimen no vio “a nadie llevarse nada”.

Respecto a la presencia en el lugar del secretario Veltri, la magistrada indicó que cuando ella llegó, el funcionario ya se estaba yendo, por lo que no pudo dialogar con él, y que no sabía si había entrado o no al baño y visto el cuerpo del fiscal.

“Lo voy a citar a declarar porque él dijo públicamente que fue hasta el departamento, le dio el pésame a la madre de Rosenthal y se retiró”, dijo Ferreyra y agregó que la propia Gottfried le comentó luego que Veltri también le había dado las condolencias a su amiga Chávez, con la que él charló brevemente.

Y de acuerdo a los dichos de esta mujer, Veltri dijo que cuando él arribó al departamento no sabía que el fiscal estaba muerto sino que fue el médico de la prepaga quien le confirmó el fallecimiento de Rosenthal.

“Cuando yo llegué pude entrar al baño de costado, ya que la puerta estaba entreabierta y en mi presencia la médica legista que inspeccionó el cadáver dijo que por la rigidez del mismo la data de muerte era de entre doce y quince horas antes del hallazgo”, señaló la jueza.

De acuerdo a Ferreyra, en el interior del departamento vio a la madre de Rosenthal, la amiga de ésta y el médico de la prepaga, y en el pasillo a los tres custodios, el cerrajero y el portero.

“La madre estaba sumergida en el dolor por la muerte de su hijo. Y en ese contexto me dijo que ella alcanzó a ver el cuerpo del fiscal pero sin lograr entrar al baño”, relató la magistrada, quien precisó que dentro de ese ambiente se encontró un frasco de pastillas tranquilizantes “muy común” y medicinas naturistas, es decir, “todo legal”.

Luego, la jueza se refirió a los resultados de la autopsia, los cuales le fueron informados cerca del mediodía del lunes, e indicó que “no se podía descartar la presencia de una tercera persona” en el hecho, por lo que, de momento, no estaba en condiciones de asegurar que se había tratado de un suicidio o de un homicidio.

“El espasmo cadavérico en la mano derecha del fiscal implica que él empuñó el arma pero también puede haber ocurrido que alguien lo haya obligado a que la empuñase. Y otra de las posibilidades es que le hayan colocado en la mano un objeto de similar peso y tamaño y que cuando le dispararon le provocaron el mismo espasmo”, explicó la jueza, quien remarcó que iban a ser muy importantes los resultados de los peritajes complementarios, como los toxicológicos e histopatológicos, los que habitualmente demoraban más tiempo.

Sobre la carátula de la causa, la magistrada dijo que con los peritajes preliminares únicamente no se podía definir aun y que ella no descartaba ninguna hipótesis.

En otro tramo de la extensa entrevista radial, le preguntaron a la jueza por los dos sargentos que estaban asignados a la custodia del fiscal el día del hecho y Ferreyra respondió que todavía no habían declarado en la causa porque ella no definió si los iba a citar como testigos o como imputados.

“Sí he decidido apartar a la Policía Federal de la investigación; por ello, fue el personal de la Policía de la Ciudad el que llevó adelante en las últimas horas una inspección ocular en el departamento, a la que se sumaron peritos de la querrela, y así se confirmó todo lo que se había labrado en las actas iniciales”, señaló.

Y añadió que en ese procedimiento se secuestraron “unos cabellos” en el baño que iban a ser analizados para determinar si pertenecían a Rosenthal, un tercero o a alguna de las personas que estuvieron presentes apenas se produjo el hallazgo del cuerpo.

“Está todo documentado en fotos y videos, detalle por detalle. Y en ninguno de los casos se hizo firmar un acta a un testigo sin leerle su contenido previamente”, sostuvo y recalcó que a ella no le molestaban “que opinen, sí que mientan”, en alusión a las denuncias de Juan.

Ferreyra afirmó que en toda su carrera judicial nunca había sido “objutada en un procedimiento” y que si bien todavía no se sabía bien qué había pasado con Rosenthal pidió que dejaran trabajar a la justicia “con tiempo”.

“Tengo las ganas y las energías suficientes para esclarecer el hecho. También cuento con un equipo de trabajo serio, responsable y fiel. Estamos haciendo lo mejor

posible y esperamos lograr nuestro objetivo, que es saber la verdad”, dijo la jueza, quien adelantó que se iba a retirar una vez que cerrase esta causa.

Por último, Ferreyra dijo que ella no llegó a conocer personalmente a Rosenthal pero que estaba al tanto del trabajo que el fiscal llevaba a cabo, por lo que consideró que su muerte no era “grave solamente por quién era sino debido a lo que hacía”.

Con el devenir de la investigación, la jueza Ferreyra no pudo comprobar si Rosenthal había sido quien disparó el revólver ni si efectivamente hubo una tercera persona involucrada en el hecho, por lo que si bien se inclinó por la hipótesis del suicidio o de la instigación al suicidio, no pudo desechar la del homicidio.

En lo que sí avanzó fue en la situación de los sargentos Gómez y Martínez, a quienes en pocas semanas procesó por los delitos de “incumplimiento de deberes de funcionario público”, decisión que fue recurrida por las defensas de estos policías ante la Cámara de Apelaciones que si bien reconoció que ambos no procedieron correctamente les dictó la falta de mérito ya que no existían protocolos reglamentados en la PFA para este tipo de custodias, por lo que no se podía tipificar un delito.

Los camaristas sostuvieron que el hallazgo del cuerpo del fiscal fue “precedido por varias horas de inacción de los dos custodios”, especialmente por no haber informado de la situación a sus superiores, y que “se comportaron más como remiseros de la señora Gottfried que como policías”.

“Dieron prioridad a cuestiones insignificantes en vez de a la integridad física del custodiado y abandonaron el objetivo, cuya investidura era al momento del hecho, dada la importancia que tenía para la realidad del país, como la de un primer mandatario”, sostuvo el fallo.

En ese sentido, la Cámara reconoció no poder entender “la pasividad” de los custodios y cómo estos no temieron que sucediera nada extraño o sospechoso cuando el fiscal Rosenthal debía presentarse al día siguiente a brindar un informe parlamentario sobre la acusación que había hecho días atrás y que era de público conocimiento a nivel mundial.

Y en ese sentido, los camaristas manifestaron que desde la PFA manejaban las custodias “a su antojo”.

En otro tramo de la resolución, la Cámara remarcó que durante las casi tres horas que pasaron desde el hallazgo del cuerpo hasta la llegada de la jueza Ferreyra al lugar del hecho, éste fue transitado por al menos veinte personas, entre ellas, el comisario Nicotra, Gottfried, su amiga, el cerrajero y el médico de la prepaga, a las que luego se sumaron el jefe de la PFA y hasta el secretario de Seguridad de la Nación.

“La inoperancia exhibida por lo funcionarios públicos se advierte tanto en sus propias declaraciones como en las actuaciones administrativas internas. De hecho, ciertas medidas que se tomaron con la intención de preservar la escena fueron contraproducentes. Por ejemplo, el secretario de Seguridad ingresó al departamento con su calzado todo embarrado”, señaló.

De acuerdo al fallo, el propio secretario declaró ante la jueza Ferreyra que él fue para supervisar el accionar de los efectivos de la PFA y que sólo caminó por la cocina hasta el pasillo desde donde miró hacia el baño donde estaba el cuerpo del fiscal.

Para la Cámara, “la actividad contaminante fue extensa” y de inmediato debió haber arribado personal de otra fuerza de seguridad ya que efectivos de la PFA estaban involucrados en el hecho a través de sus tareas de custodia.

Sin embargo, los efectivos de Gendarmería Nacional recién fueron convocados cuando llegó la jueza de la causa.

La Cámara también cuestionó que los policías federales tardaron demasiado en comunicar el hecho a la Fiscalía de turno porque no contaban con los números telefónicos del personal de dicha oficina.

“De hecho, primero tomó conocimiento del suceso el personal de la Fiscalía a cargo de Rosenthal. Y en ese sentido, uno de los instructores de FAN declaró que se enteró de lo ocurrido minutos antes de la medianoche, y la jueza de turno recién lo hizo más de media hora después”, recalcó.

Y lo más grave para los camaristas fue que “existió una manipulación de los dispositivos electrónicos hallados en la escena del hecho ya que se registró una falta en los eventos del sistema de la *notebook* de Rosenthal, alteraciones en el reloj del sistema, y ausencia de llamadas entrantes, salientes y mensajes de texto anteriores al día del hecho”.

Por último, la Cámara citó dichos del agente de inteligencia Jaime Russo, quien trabajó durante años con el fiscal Rosenthal en la investigación del atentado contra la comunidad judía, a la que ambos pertenecían activamente.

Russo declaró ante la jueza Ferreyra que apenas se enteró de la muerte de Rosenthal pensó que “lo habían asesinado” por su denuncia contra la Presidente. “Que nadie me venga a decir que, de pronto, Ariel se convirtió en un mal padre, un mal hijo, un mal funcionario y decidió quitarse la vida. Y menos de esa forma, cuando él era un tipo muy cuidadoso de la estética, por lo que jamás hubiera permitido ser hallado de la manera en que se lo halló”, dijo el espía y señaló: “A él no le gustaba perder a nada y no se iba a ir de este mundo como un perdedor, porque para él, un suicida era un perdedor.” Y sobre la custodia policial aclaró que “no sirve de nada para estos casos en que tenés de enemigo a terroristas internacionales”.

XI

El auditorio estaba ubicado sobre una avenida de doble mano y a unas pocas cuadras de la estación de trenes local, una de las principales terminales ferroviarias de la zona sur del conurbano ya que desde la misma se podían hacer conexiones a distintos puntos de la provincia, ya sea a bordo de las tradicionales formaciones diesel o las eléctricas, que eran más modernas. Y en ambas veredas de ese tramo de la avenida, que atravesaba tres municipios, funcionaba una gran cantidad de comercios, por lo que se trataba de un espacio extremadamente transitado, aunque apenas uno se distanciaba por una calle lateral o transversal aparecía en medio de un barrio de chalets familiares muy tranquilo y arbolado, y allí fue justamente donde Conrado estacionó su auto en el que aquella noche de viernes de finales de agosto en la que lo acompañaban su novia y Manu.

Los tres habían acordado en los días previos asistir al recital que la banda del momento preferida por Conrado iba a dar en dicho auditorio, el cual también estaba de modo y tenía una capacidad para 1.800 personas. En sí, se trataba de una edificación de dos plantas, completamente pintada de gris plomo: las paredes, el piso, las columnas, todo se veía de ese color opaco. Era un amplio rectángulo sin desniveles ni recovecos, con un techo bien alto y un balcón de hierro negro que bordeaba toda la parte superior desde donde se tenía una vista hacia abajo del salón abierto en el que se agrupaba el público, cantando, bailando y saltando, a veces desenfrenadamente; y hacia adelante del escenario situado en el fondo. Mientras que la parte delantera había tres puertas de dos hojas cada una que daban a la calle: la entrada principal a la derecha, la salida en el medio y la salida de emergencia a la izquierda.

Conrado, Julia y Manu atravesaron la primera de esas puertas casi sin hacer cola ya que habían adquirido los tickets con anticipación, por lo que pasaron por alto las

boleterías atestadas de gente y llegaron hasta el sector del bar, donde los jóvenes se amontaban delante de una barra en la que se expendían las bebidas alcohólicas habitualmente consumidas en la previa de un show. Y si el recital era de algún artista que tocaba una música más relajada -lo que no ocurría en este caso- en el bar se colocaban sillas y mesas desde donde se alcanzaba a ver el escenario completamente iluminado.

A la vuelta de esta barra funcionaban también unos cómodos baños y toda esa zona del local estaba separada del salón abierto -surcado a la altura de los balcones por una gran cantidad de reflectores- por una gran arcada. A su vez, tanto por arriba de los baños, de un extremo, como por encima de la barra, del otro lado; se levantaban dos gruesas escaleras del mismo color, material y diseño que los balcones y que conducían, de manera libre y gratuita, a la planta alta donde funcionaban unos *boxes* de madera para aquellos que optaban por no permanecer todo el tiempo de pie. Claro que desde esos lugares situados contra las paredes laterales resultaba difícil ver lo que ocurría en el escenario.

-Está bueno el lugar, eh -Manu terminó de echar un vistazo a su alrededor con un vaso de cerveza en la mano que su amigo, parado a su lado, acababa de traer desde la barra, al igual que uno para él y otro para su novia, que bebía y fumaba en silencio.

-¿Nunca habías venido? -Conrado miró al traductor con sorpresa.

-No, nunca.

-Nosotros vinimos un par de veces -Conrado miró a su novia de reajo- y nos gustó.

-Excepto por los grandes teatros y estadios, este lugar no tiene nada que ver con otros tugurios del circuito rockero como Cemento, por ejemplo.

-Es que después de Cromañón esos lugares ya no pueden funcionar más.

-Cierto.

-Tuvo que suceder semejante tragedia para que las autoridades empezaran a ponerse firmes con las habilitaciones y medidas de seguridad de lugares como éste.

-Al menos sirvió para que algunos aprendieran la lección –acotó Julia tomando a Conrado del brazo-. Mirá ahora: en cada pared hay matafuegos y carteles que indican las salidas de emergencias y en la puerta el personal de seguridad cachean a todos...

-Como corresponde –intervino Manu haciéndose a un lado para dejar pasar a un grupo de chicas apuradas que iban a los empujones y pisando los pies de todos aquellos que se cruzaban en su camino-, pero lo que realmente espero es que esta nueva forma de hacer las cosas sea definitiva y no que dure poco tiempo, hasta que todo el mundo se olvide de lo que pasó en Cromañón y volvamos a lo de antes.

-La gente es la que tiene que cambiar, sobre todo –Conrado miró hacia el grupo de chicas que avanzaba hacia el escenario y le guiñó un ojo a su amigo.

-Esa es la parte más difícil –Manu negó con la cabeza-, porque somos hijos del rigor.

-Tal cual –Conrado encendió un cigarrillo y acabó con el último sorbo de su cerveza-. ¿Vamos para adelante? Que ya está por empezar la banda soporte.

Julia y Manu asintieron casi al mismo tiempo y así, los tres se fueron abriendo paso entre la muchedumbre con sumo esfuerzo y procurando los primeros dos no derramar la cerveza que aun quedaba en sus respectivos vasos. Conrado fue al frente, con su novia de la mano, mientras que el traductor cerraba la fila.

Esa misma semana en que se llevó a cabo el recital en el auditorio sureño había comenzado el juicio oral por los hechos ocurridos la noche del 30 de diciembre de 2004 en el interior del boliche República de Cromañón, ubicado en la zona porteña de Once y

que provocaron la muerte de 194 personas y heridas a otros cientos a raíz de un incendio que se desató por el uso de bengalas durante el show de la banda de rock Callejeros.

En el banquillo de los acusados estaban 15 personas, incluidos los responsables del local, los músicos de la banda, el personal policial con jurisdicción en el lugar y funcionarios del Gobierno de la Ciudad que debían controlar y fiscalizar lo que ocurría allí dentro.

Aquel debate oral acabaría casi un año después con las condenas más altas para el dueño del boliche, Omar Chabán; el manager de la banda, Diego Argañaraz; y el subcomisario de la zona, Carlos Díaz. En cambio, los funcionarios porteños y los músicos de la banda recibieron penas bajas o directamente fueron absueltos, aunque esta sentencia se fue modificando a lo largo de un periplo de más de una década en las diferentes instancias judiciales hasta llegar a la mismísima Corte Suprema de Justicia de la Nación, el máximo tribunal del país.

Pero fue justamente en el juicio oral de primera instancia en el que Juan declaró como testigo, del mismo modo que lo harían decenas de sobrevivientes que relataron sus traumáticas experiencias en aquel recital.

Juan contó que él viajó desde su casa familiar en la zona oeste junto a Marcos, un amigo suyo del barrio, y llegó a bordo del tren Sarmiento hasta la Plaza Miserere, situada a pocos metros de Cromañón, donde se encontraron con otros conocidos de la Facultad en la que todos ellos cursaban las materiales finales, por lo que ese fin de año los invadía un clima festivo extra debido a la proximidad de terminar la carrera que tanto esfuerzo les había costado.

El testigo recordó que caminaron con sus amigos desde la plaza hasta la puerta del boliche y como todavía era temprano se quedaron un rato sentados en el cordón de la vereda de enfrente. “Al cabo de unos minutos se acercó alguien de seguridad y nos

dijo que no nos podíamos quedar allí sentados porque había demasiada gente en el lugar”, relató Juan, quien a preguntas del presidente del tribunal precisó que él supo que aquella persona trabajaba para la seguridad del recital ya que llevaba una remera que decía “Control” y tenía estampado el logo de la banda.

Según Juan, luego se les acercó otro empleado de seguridad que él había conocido en un recital previo que la banda había dado días atrás en el estadio del club Excursionistas del barrio porteño de Belgrano y que les dijo que si alguno de ellos no tenía entradas, él iba a tratar de dejarlos entrar gratis.

Mientras aguardaban el inicio del recital, Juan y sus amigos fueron a tomar unas cervezas por los alrededores y regresaron a la puerta del boliche alrededor de las 20.30 donde cerca de la boletería se encontraron con el empleado de seguridad que el primero de ellos conocía y que éste los dejó pasar gratis y sin revisarlos. De hecho, uno de los acompañantes del testigo llevaba una mochila con una larga bandera argentina y nunca nadie le pidió que la abriera para ver que llevaba dentro de la misma. “El cacheo hacia los demás también fue escaso porque había mucha gente esperando por entrar y se estaba haciendo tarde. Nadie quería que empezara el show mientras había personas afuera”, declaró.

Consultado por el presidente del tribunal si él vio personas con pirotecnia, Juan contó que alcanzó a ver a otros jóvenes que colocaban elementos de ese tipo dentro de sus zapatillas para poder ingresarlos al boliche.

De acuerdo al testigo, la misma “pasividad” de los encargados de seguridad del local tuvieron los efectivos policiales que se encontraban a la altura de la puerta y a bordo de un patrullero. “Afuera nadie arrojó pirotecnia pero había una gran cantidad de bebidas alcohólicas”, indicó.

Juan señaló que los grupos de jóvenes entraron al boliche saltando y cantando y que dentro del local había tanta gente que no se podía ni caminar. Él dijo que ya había concurrido a este lugar en los días previos para asistir al show de otra banda de rock pero que en aquella oportunidad no estuvo tan lleno como la noche del 30 de diciembre. “Lo que me más me llamó la atención fue que ante esta situación las seis puertas de ingreso estaban cerradas, cuando en el recital anterior, con muchos menos público, estuvieron abiertas”, señaló.

El testigo sugirió que esta diferencia se debió probablemente a que los organizadores del segundo recital en cuestión ante la alta demanda de público, no querían “colados” y al continuar con su relato recordó que una vez en el interior del local se dirigió al sector de los baños, situado en el entresuelo, donde compró una cerveza en la barra y se quedó conversando con dos de sus amigos. Y agregó que antes de pasar por ese sector había visto que en la planta alta del boliche también había mucha gente pero el ambiente allí era más tranquilo ya que la mayoría eran personas mayores y con hijos pequeños.

Respecto a la cantidad de personas presentes, Juan estimó que había unas cinco mil, aunque escuchó a otros decir que había cerca de seis mil, pero lo cierto era que ambas cifras superaban ampliamente la capacidad del local, habilitado para albergar sólo unas 1.100.

De acuerdo a la declaración del testigo, éste terminó su cerveza cuando comenzó a tocar la banda soporte y, si bien él permaneció un rato más junto a la barra, percibió enseguida que el público ya había encendido artefactos de pirotecnia como petardos y bengalas, principalmente. “Hacía mucho calor y el aire se volvió irrespirable, por lo que con mis amigos fuimos al baño a mojarnos la cabeza”, detalló.

Luego, el testigo refirió que al concluir el show de la banda soporte hubo un intervalo de unos 10 minutos, tras lo cual, Callejeros salió a tocar, por lo que él y sus amigos procuraron acercarse al escenario pero que sólo él y Marcos pudieron lograrlo y el resto de los chicos que los acompañaban no porque había demasiada gente “hasta en las escaleras”.

Juan dijo que él y Marcos estaban a pocos metros del escenario y que en el público seguían prendiendo bengalas. Entonces escuchó a través de los altoparlantes una voz masculina (por la de Chabán, quien murió diez años después de la tragedia por problemas de salud que le detectaron mientras cumplía con la sentencia en prisión) que pedía a los gritos y con insultos que se dejaran de “joder” con la pirotecnia porque sino se iban “a morir todos”, pero la gran mayoría de la gente le respondió con abucheos y una catarata de agresiones verbales como “¡forro!” y no le hicieron caso.

Seguidamente, el cantante y líder de la banda, Patricio Santos Fontanet (absuelto en el juicio oral pero condenado, al igual que el resto de sus músicos, en segunda instancia) tomó el micrófono y preguntó a los presentes si se iban a “portar bien”, a lo que los presentes respondieron “¡sí!”, tras lo cual, sonaron los primeros acordes de las guitarras.

“En ese momento comenzó a sonar la música y estábamos saltando cerca de la valla próxima al escenario y entre todo ese movimiento quedé mirando hacia atrás por unos segundos en los que entre la consola de sonido del fondo y las columnas del medio del local alcancé a ver a un joven con el torso desnudo y subido a los hombros de otra persona que alzó en su mano un `tres tiros` y lo disparó. Los dos primeros tiros se prendieron en el aire y el tercero explotó en el techo, más precisamente en la media sombra”, sostuvo.

Juan declaró que cuando miró hacia el techo observó una llama y que prácticamente al instante –calculó un lapso de diez segundos- se prendió fuego todo, ante lo cual, la gente formó una especie de círculo alrededor del foco ígneo. “Cuando vi eso empecé a empujar a mi amigo Marcos para salir de ahí cuanto antes”, dijo y describió cómo de la media sombra caían “gotas de plástico caliente” que le quemaban la cabeza, por la que se la cubrió con la remera.

El testigo y su amigo alcanzaron a hacer unos pocos pasos cuando se cortó la luz y todo el boliche quedó completamente a oscuras. “Justo antes miré hacia el fondo y las puertas estaban cerradas. Después no se vio más nada porque el incendio producía un humo negro”, indicó.

En ese tramo de su declaración, Juan dijo que no se trató del primer incendio en el boliche ya que una amiga suya le había contado que en un recital de la semana anterior hubo un foco de fuego pero que el mismo fue sofocado rápidamente y que el show pudo continuar sin mayores problemas.

Sobre lo ocurrido la noche del 30 de diciembre, Juan dijo que después de cortarse la luz la situación fue terrible: “No se podía respirar, la gente se aplastaba y perdía el sentido de orientación. Había mujeres que rasguñaban de la desesperación y las personas iban cayendo muertas o inconscientes por el humo que respiraban. Todos peleaban por su vida.”

El testigo dijo que se guió caminando pegado a las paredes y que de una de ellas tomó un matafuego con el que quiso apagar el incendio pero el artefacto no funcionó porque aparentemente estaba vacío. También explicó que en ningún momento logró ver algún cartel con la señal de “salida”, aunque otros testimonios coincidieron que sí había un rectángulo pequeño, verde y luminoso que decía “Exit”, pero nada más.

Agotado, Juan se dejó llevar por la muchedumbre hasta que se produjo una avalancha que lo hizo caer al suelo de espaldas, debajo de una “montaña humana” de “unos dos metros de altura”, aproximadamente.

“No me podía mover y justo encima de mí cayó Marcos. Lo miré a los ojos y me puse a llorar. Acá nos morimos todos, pensé”, recordó el testigo, quien a raíz de quedar atrapado por la gente sufrió la fractura de su tobillo derecho.

Luego, Juan relató que ya estaba resignado cuando alguien levantó de los brazos a Marcos, quien estaba desvanecido, y así él se pudo levantar del piso, y que mientras a su amigo lo lograron sacar, él se agarró de los que pasaban corriendo por al lado suyo para poder salir. “La desesperación era tal que había personas que se tiraban desde la planta alta al suelo”, describió.

“Iba colgado del brazo de un chico. Avanzábamos sin poder ver hacia dónde, hasta que en medio de la oscuridad sentí una brisa de aire fresco y la seguimos hasta llegar al sector de las boleterías”, indicó Juan, quien al alcanzar el hall del entrada no aguantó más y se desmayó, tras lo cual, de acuerdo a lo que le comentaron después en la vereda, alguien lo cargó en sus hombros y lo sacó del boliche.

El testigo dijo que perdió la noción de cuánto tiempo tardó en salir del local, aunque calculó que fueron unos “diez o quince minutos”, los que le parecieron mucho más por lo dramático de la situación.

Y continuó diciendo que al recobrar la consciencia se encontró tirado en la calle, con un dolor fuerte en el tobillo y un profundo corte en la mano, por lo que se ató la remera a la misma para detener la hemorragia. “No entendía nada y comencé a vomitar algo negro y espeso. Y cuando logré ponerme de pie y empezar a caminar para buscar a mis amigos vi a varios chicos muertos a mi alrededor y a otros pidiendo auxilio”, sostuvo.

Según Juan, había muchos policías, bomberos y paramédicos, pero también jóvenes que salieron ilesos del local y que improvisaron como rescatistas cargando heridos de un lado para el otro.

“Algunos corrían por la avenida tratando de detener a los colectiveros para poder cargar a los heridos y llevarlos a un hospital ya que las ambulancias no alcanzaban”, señaló el testigo que describió al personal médico como “desconcertado” por la magnitud de los hechos.

Juan contó que minutos después volvió a desmayarse y que recién se despertó cuando ya lo habían cargado en una ambulancia junto a otros cinco o seis jóvenes que se encontraba en su misma situación, y todos fueron trasladados al hospital donde vio una gran cantidad de heridos y también de personas fallecidas en el piso de la guardia. “Era un descontrol total y tuvieron que darme un sedante para que pudiera dormir un poco”, dijo.

“Los médicos me dijeron que, además de la fractura del tobillo, había sufrido una severa intoxicación por monóxido de carbono, por lo que me sometieron a un tratamiento durante bastante tiempo, al igual que a mis amigos, con los que me reencontré después de varios días, cuando me dieron el alta”, recordó entre lágrimas, al tiempo que en la sala de audiencias donde se realizaba el debate oral –el mismo en el que se había llevado a cabo el histórico “Juicio a las Juntas” en 1985- predominaba un silencio sepulcral.

En ese sentido, Juan contó que cuando pudo hablar sobre lo ocurrido con Federico, otro de los amigos que lo acompañaron al recital y que resultó ileso ya que se había quedado cerca de la entrada del boliche, éste le dijo que pudo salir a la calle a través del estacionamiento interno del local, el cual tenía un portón independiente, pero

que volvió a entrar tres veces más, una vez que los rescatistas lograron abrir los ingresos delanteros principales, para salvar a cuatro chicas.

Y en cuanto a Marcos, el testigo dijo que continuaba bajo tratamiento psicológico a raíz de lo shock post traumático padecido y que seis meses después de la tragedia le detectaron cáncer del pulmón, aunque no pudo aseverar si se debió directamente a la intoxicación que sufrió en Cromañón.

Por último, Juan afirmó que él era un asiduo concurrente a los recitales de rock y que había estado en distintos establecimientos que se dedicaban a realizar ese tipo de shows donde el uso de pirotecnia resultaba habitual porque formaba parte de una “especie de folclore” instaurado por el propio público, aunque aclaró que otros estadios eran más seguros que Cromañón porque había mayor control, más ambulancias y policías, a pesar de lo cual calificó como “muy precaria” toda la cuestión relativa a esas medidas.

Ubicado en un costado y a la altura de la mitad del salón del auditorio, Manu escuchaba a la banda preferida de Conrado con poco entusiasmo, probablemente deprimido porque cada vez que se reunía con su mejor amigo y la novia de éste le resultaba inevitable pensar en Ana, quien tras la frustrante cita en el departamento del traductor comenzó a distanciarse de él dejando de responder los mensajes de textos y evadiendo las conversaciones por MSN.

Un par de semanas antes del recital, Manu había decidido romper sus propios esquemas y se atrevió a llamarla a su teléfono celular para achicar el margen de maniobra de la joven para no tener que comunicarse con él. Y para darle aun menos opciones y mejorar sus probabilidades, la llamó desde un teléfono fijo para evitar que ella supiera de donde provenía la comunicación.

Para sorpresa del traductor, lo atendió una voz masculina, aunque segundos después Ana tomó el celular y le explicó que se trataba de su padre y que ella le había dicho que atendiera porque le aparecía en su pantalla un número desconocido. “Es que no tenía crédito”, mintió él, pero la joven no pareció darle demasiada importancia al asunto ya que estaba ocupada y con poco tiempo disponible ya que ese mismo día su hermano partía a España y toda la familia y amigos estaban reunidos para despedirlo.

Y cuando Manu le preguntó cuándo le parecía un día más adecuado para verse, Ana le dijo que no sabía y que, en todo caso, lo mejor sería que ella misma le avisaría, lo que el traductor interpretó como un “dejemos todo así” y/o “no me llames más”.

Sin embargo, Manu no se dio por vencido y no tomó esas indirectas de Ana como un “no” definitivo, sino que entendió que ella se encontraba mal anímicamente por la partida de su hermano, por lo que decidió dejar pasar los días, sin ningún tipo de comunicación entre ambos, ni siquiera por SMS o MSN, para que el tiempo pudiera acomodar el asunto.

Pero el traductor no pudo contenerse, por lo que aquel viernes a la tarde, apenas Conrado le confirmó que lo pasaría a buscar para ir al recital, le envió un mensaje de texto a Ana para invitarla al show, dado que a ella también le gustaba mucho la banda y le había dicho varias veces que tenía ganas de ir a verlos en vivo ya que nunca lo había podido hacer.

Manu creyó que con los días transcurridos sin contacto entre ambos y la invitación al recital conformaban la excusa perfecta para romper ese hielo, pero Ana le respondió cuando ya había comenzado el show.

Como la banda estaba de gira presentado su nuevo disco, doble y con un sonido especial, la lista de canciones y la puesta en escena eran extensas, por lo que los músicos optaron por hacer un intervalo, el cual fue aprovechado por Conrado, Julia y

Manu para dirigirse hacia la barra, al igual que la gran mayoría del público, para comprar más cerveza.

“Vi tu mensaje re tarde. Disculpá. Me hubiera gustado ir pero no puedo”, le respondió Ana, a lo que Manu le escribió que a él le hubiese “encantado” que ella estuviese con él ahí porque el show estaba “buenísimo”.

La frase “a mí también” que Ana escribió instantes después terminó por doblar la guardia de Manu, quien como un boxeador masoquista cayó en la trampa y se expuso al *knock out*: “El otro día fui al bar de la otra vez y me acordé lo que bien que la pasamos cuando fuimos los dos juntos.”

Pero Ana reaccionó con un sencillito “¡Jajá!” y la charla vía SMS quedó trunca.

-¿Con quién te estás mensajeando? –preguntó Conrado a su amigo cuando los dos quedaron solos luego de que Julia se fue al baño- ¿Con la chica nueva? ¿Cecilia?

-No, con Ana –Manu seguía con la mirada fija en la pantalla de su celular mientras que en la otra mano sostenía su trago.

-¡Qué metejón tenés con esa piba, eh! –Conrado palmeó la espalda del traductor que, molesto, guardó su móvil en uno de los bolsillos de su pantalón de jean.

-Lo que pasa es que la mina nunca me dice que `no` y siempre deja la puerta abierta. Pero cuando le propongo algo, termina poniendo una excusa –el traductor bebió de su cerveza con la cabeza gacha como si se le hubiera caído algo al suelo.

-Pero si insistís es peor.

-No estoy siendo pesado –Manu alzó la cabeza y miró fijo a su amigo-. Hoy fue la primera vez que le mandé un mensaje en las últimas semanas.

-Bueno –Conrado torció la boca-, entonces es una mina a la que le cuesta decir que `no` o que disfruta del histeriqueo.

-¿Julia te comentó algo en estos días?

-No mucho.

-Pero, ¿qué te dijo?

-Nada que vos no sepas ya: que todavía está metida con su ex porque no fue ella quien quiso terminar la relación.

-¿Pero ustedes sabían que la ex pareja de Ana era una mujer y no un hombre? –

Manu abrió grande los ojos.

-Antes de que saliéramos los cuatro no. Si lo hubiera sabido de antemano jamás te la habiéramos presentado –Conrado acabó su trago y arrojó la colilla de su cigarrillo adentro del mismo, como si fuese un cenicero-. Yo me enteré por vos y cuando se lo conté a Julia, ella me dijo que no sabía nada, pero después le preguntó a Agustina, quien se lo terminó por confirmar.

-¡No lo puedo creer!

-Es que Julia apenas la conocía a Ana. La que tenía la posta era Agustina, pero no sé por qué no se le dijo antes a Juli.

-Te creo.

-A vos solo te pasan estas cosas –Conrado largó un carcajada y dejó caer el vaso al suelo.

-No es gracioso, che.

-Tampoco es una tragedia –aclaró el amigo recobrando un tono más serio-. No estamos hablando de una ex novia con la que estuviste mucho tiempo enamorado. Apenas la conociste, así que no dramaticemos.

-En eso tenés razón. Pero a vos no te pasó, fue a mí.

-Es cierto –asintió Conrado, quien instantes después recibió con los brazos abiertos a su novia que acababa de regresar del baño.

-¿Todo bien? –la joven se colocó un cigarrillo en la boca y su novio se le prendió enseguida con su encendedor.

-Todo bien –respondió Conrado guiñándole un ojo a su amigo, quien asintió sonriendo.

-¿De qué hablaban? –Julia exhaló una larga bocanada por arriba de su cabeza.

Conrado miró a Manu y éste afirmó con un ligero movimiento de la cabeza y alzando en el aire su vaso de cerveza.

-De las mujeres de Manu –dijo el novio, jocoso, a lo que Julia rió fuerte.

-¿Cuál de todas? –la joven dio un pitada de su cigarrillo-. Porque a este pibe es difícil seguirle el ritmo, ¡jajá! –agregó casi a los gritos al tiempo que el humo se escapaba de su ancha boca.

-Pero hay una que es especial –acotó Conrado mirando de reojo a su amigo.

-Ya sé: Ana –afirmó la joven bajando el tono de voz.

Los dos amigos dijeron “sí” con sus cabezas, ante lo cual, Julia gesticuló un rotundo “no”.

-Manu –la joven se acercó hasta el amigo de su novio y apoyó su mano libre sobre uno de los hombros del traductor-, Ana está re loca, así que no insistas más con ella. En serio.

-Yo le acabo de decir exactamente lo mismo –indicó Conrado apretando los dientes, al tiempo que echaba un vistazo hacia el fondo del salón, donde el público comenzaba a agruparse nuevamente ya que la banda estaba por salir al escenario para dar la segunda parte de su recital.

Entonces Manu giró sobre sus hombros y al ver que el intervalo había terminado se volvió a sus dos acompañantes:

-Vamos que ya están por volver a tocar.

Durante el resto de la velada, Conrado, Julia y Manu no volvieron a hablar de Ana ni de ninguna otra mujer relacionada con el traductor, quien una vez terminado el recital propuso a los otros dos ir por más tragos a algún bar por el centro de Quilmes ya que los viernes por la noche no se colmaban de gente como los sábados, por lo que se podía beber tranquilo, sentado cómodamente y escuchando buena música.

Conrado y Julia estuvieron de acuerdo, por lo que la salida se estiró hasta casi el amanecer, cuando Manu terminó desmayado en el sillón de su departamento ya que estaba tan borracho que no pudo llegar hasta la cama. De hecho, tardó como cinco minutos en colocar la llave en la cerradura para poder entrar al edificio, lo que despertó las carcajadas de su amigo y la novia de éste, quienes lo observaban desde el interior del auto en el que lo había llevado y en el que se fueron recién cuando estuvieron seguros de que el traductor había logrado entrar al inmueble.

Manu se despertó cerca del mediodía. Estaba completamente vestido y tirado en la cama, hasta la que no tenía ni la más remota de idea de cómo había llegado. Y junto a la almohada había dejado su teléfono celular, en cuya pantalla alertaba que tenía un mensaje de texto entrante sin leer.

Los ojos del traductor aun ardían cuando alcanzaron a ver que se trataba de un SMS de Cecilia, a quien él había conocido la semana anterior en un bar porteño y si bien aquella noche no pasó nada entre los dos, intercambiaron sus números telefónicos con la intención de volverse a ver.

En ese sentido, Manu le había enviado el día anterior al recital, cuando todavía su amigo no le había confirmado que irían, un mensaje invitándola a salir aquel fin de semana, a lo que ella le respondió que ya tenía planes para viernes y sábado. Sin

embargo, ahora le estaba avisando que estaba libre el domingo y que no tenía ningún problema en verlo.

Apenas terminó de leer el mensaje, Manu fue al baño a asearse y despejar un poco su mente y cuando se sintió más preparado llamó directamente a Cecilia y le propuso ir al cine la tarde del día siguiente, con lo que ella estuvo de acuerdo inmediatamente.

A Manu le resultó un plan simple y hasta trillado, pero a la vez efectivo por tratarse de un domingo después de comer, sobre todo en pleno invierno, lo que potenciaba el ya de por sí inevitable bajón anímico típico de ese día, en especial para los jóvenes trasnochados y con resaca, como solía encontrarse el traductor en ese momento triste y melancólico de la semana.

XII

Una profunda sensación de vacío recorría la entrañas de Manu a pesar de que éste había disfrutado apenas un rato antes de un nutrido almuerzo en el salón comedor de la posada, donde lo había acompañado Ana. Por consejo de Odek, la pareja había ordenado unas pastas rellenas a una casa de comidas caseras que funcionaba en el centro comercial y hacían repartos a domicilio. El menú resultó abundante, económico y, sobre todo, delicioso, aunque esta vez el polaco no acertó en que con dos porciones podían comer tres, tal como él solía calcular cuando pedía para su familia de cuatro integrantes, dos de ellos menores pero que consumían como un mayor. “Al fin se equivocó este tipo”, le dijo el traductor, en broma, a Ana, cuando terminaban de almorzar los dos solos. De hecho, él era el último huésped que quedaba en *Los Sauces*, a pesar de lo cual, el encargado le había dicho, con su habitual parco sentido del humor, que no se sintiera tan especial porque para el fin de semana que estaba por comenzar ya tenía varias reservas.

Manu y Ana acompañaron las ricas pastas con un vino tinto que el primero compró por la mañana en su visita al centro, donde también adquirió unos alfajores elaborados en el valle para llevarles de regalo a sus padres, además de una caja de dulces artesanales preparados especialmente por la mujer y un *pack* de las cervezas que Odek vendía en la posada.

Después del almuerzo, Manu regresó a la habitación para echar un último vistazo y asegurarse de que no se olvidaba de nada, aunque la empleada de limpieza que había aseado el lugar tras el *check out* no había detectado ningún descuido del huésped, quien acordó con Odek dejar su equipaje dentro del dormitorio hasta el horario en que

debía partir a la terminal de micros para regresar a su casa dado que ninguna de las reservas previstas incluía esa habitación.

Y para matar el tiempo que aun restaba para ir a tomar el micro, Manu y Ana se sentaron en el porche a jugar a las cartas, más precisamente al *Chinchón*, mientras escuchaban música a través del reproductor de audio del *smartphone* de la mujer, quien rápidamente perdió la paciencia cuando él le ganó tres partidas seguidas, una de las cuales “jugando lindo”, como sostenía el traductor cuando lograba hacer Chinchón o hacía -10 sin comodín. “¡Qué suerte!”, apenas se quejó Ana y ambos siguieron jugando en silencio, llenando el vacío con clásicos del rock nacional y largas pausas en las que se dedicaron a apreciar el paisaje de un perfecto día, al menos desde el punto de vista meteorológico: cielo completamente despejado, sol pleno, suave brisa del sur, temperatura cálida pero no agobiante y baja humedad.

Y si bien ambos ya conocían de memoria aquel escenario natural, cada intervalo entre mano y mano fue una excusa perfecta para mantenerse contemplativos y callados el mayor tiempo que les fuera posible. Hasta los ovejeros de Odek parecían estar tristes por el inexorable final del verano y las vacaciones, y permanecían casi inmóviles en el suelo del porche, lejos de la mesa que ocupaba la pareja y también de la puerta de entrada a la recepción de la posada, donde el polaco atendía algunos asuntos en el teléfono y acomodaba papeles detrás de su mostrador, mientras que su esposa y sus dos hijos permanecían en la cocina, haciendo la sobremesa jugando con la computadora portátil.

Cuando llegó la hora de partir, Manu guardó el mazo de naipes y el resto de sus objetos personales en la mochila que había dejado apoyada sobre la mesa y fue caminando lentamente hasta el interior de la recepción para tomar su bolso y saludar a Odek, pero éste no se encontraba allí ni tampoco en la cocina, a la que el traductor se

asomó ya que la puerta estaba entreabierta. Cuando volvió sobre sus pasos hacia el salón, alcanzó a ver a través de los ventanales que el encargado estaba abriendo la tranquera para que Ana diera marcha atrás con el auto. Y mientras la mujer dejó el Fiat 147 en marcha sobre la entrada, del lado de la vereda, el polaco entornó la tranquera para evitar que los ovejeros escaparan.

La caminata de Manu desde la recepción, a través del sendero pedregoso que cruzaba el jardín, hasta la tranquera fue lenta y pesada, y no debido al equipaje, ya que éste siempre había sido tan escaso que dentro del mismo cupieron sin problemas los alfajores y los dulces. Y antes de llegar hasta donde lo aguardaban Odek y Ana dio media vuelta y echó un último vistazo a la posada. Entonces escuchó a la distancia que la esposa del polaco y los dos hijos del matrimonio se encontraban en el bosque de sauces del fondo, probablemente junto a las hamacas paraguayas, lejos del su campo visual.

-Gracias por todo, Odek. En serio -Manu estrechó la mano del polaco, a quien observó con el mismo *look* de siempre: remera de mangas cortas, *short* de jean rasgado y sandalias. De hecho, durante toda su estadía, jamás lo había visto vestirse de otra forma, excepto cuando una tarde decidió darse un chapuzón en la pileta aprovechando que no había huéspedes de por medio.

-No hay de qué. Fue un placer -replicó el dueño de la posada, de pie junto a la tranquera, del lado de adentro y con ambos antebrazos apoyados sobre la misma, mientras que el traductor ya se encontraba del lado opuesto, al tiempo que Ana lo aguardaba a bordo del auto, sentada detrás del volante y con la ventanilla del conductor baja.

-La pasé muy bien.

-Entonces espero verte de regreso por aquí muy pronto.

-No sé cuando lo haré, pero voy a volver seguro.

-No hace falta que vuelvas a la posada –susurró el polaco guiñándole un ojo y sin soltarle la mano-. Me pondría contento el sólo hecho de que vuelvas a la villa.

Manu sonrió y callado giró la cabeza para echar una rápida mirada al auto, donde la mujer se asomaba distraída por el hueco de la ventanilla, como ajena a la conversación que mantenían los dos hombres.

-Te prometo que cuando vuelva, te voy a visitar -Manu agitó su mano una vez más y finalmente la soltó de la del polaco.

-Eso sí, no vuelvas sólo para después llevarte lo mejor de la villa con vos – ironizó Odek inclinando ligeramente la cabeza en dirección al Fiat 147.

-Eso sí que no puedo prometértelo –murmuró Manu, quien dio unos pasos hacia atrás, levantó el bolso del suelo y luego lo colocó en el asiento trasero del vehículo. Después se ubicó en el asiento del acompañante con la mochila sobre su regazo, cerró la puerta, bajó la ventanilla y se despidió de Odek moviendo lateralmente y en lo alto su palma derecha.

Los rayos del sol comenzaban a caer de manera oblicua, por lo que las sombras de los árboles se agrandaban a medida que el auto de Ana avanzaba por las calles de la villa que a la hora de la siesta siempre presentaban poco tránsito, sin importar la estación del año ni el clima. El descanso *post* almuerzo era un ritual sagrado, como en tantos otros sitios del interior del país, pero no para Manu, excepto en vacaciones.

Inquieto y nervioso, el traductor iba sentado como acompañante, mirando hacia el exterior del vehículo con la ventanilla baja para que la brisa bañase su rostro con aromas silvestres tan intensos que se le impregnarían en sus poros rasurados esa misma mañana y lo acompañarían durante un largo rato, hasta que al fin se diese una ducha,

mientras que en el resto de su cuerpo todavía sentía el tibio y cremoso perfume de la piel de Ana. Que nunca me abandonen, que nunca me abandonen..., repetía mentalmente.

-¿Te sentís bien? -Ana apartó por unos segundos la vista de la calle, la misma que tomaba siempre que se dirigía desde la posada hasta la terminal de micros, y se volvió hacia a Manu.

-Sí, ¿por? -el traductor le devolvió una mirada seria.

-Por nada en especial -respondió la mujer, quien no podía pasar por alto la tensión poco habitual de los músculos del rostro de Manu, a la que se sumaba un más extraño mutismo de su parte.

El traductor curvó suavemente la boca y enseguida volvió a mirar por el hueco de la ventanilla, a través del cual se percató que ya estaban llegando a la terminal de micros.

Luego de confirmar en la boletería de la empresa de viajes el número de ómnibus correspondiente a su pasaje y de qué plataforma partiría, Manu le propuso a Ana ir a tomar un café al bar de la terminal ya que faltaba como media hora para abordar el colectivo.

-¿No vas a decirme nada? -inquirió la mujer una vez que ambos estuvieron sentados en una mesa doble de la cafetería, ella de espaldas al ventanal que daba a las plataformas y él del lado de la barra y enfrente del televisor colgado de la pared.

-¿Qué querés que te diga? -Manu miraba la pantalla pero sin prestar demasiada atención a lo que la misma transmitía.

-No sé, algo.

-En realidad, estaba pensando en lo que a mí me gustaría que vos me dijeras -el traductor clavó sus ojos en los de la mujer.

-¿Y qué sería eso?

En ese momento, el encargado de la cafetería se arrimó a la mesa y depositó los dos cortados que la pareja había ordenado.

-Estoy redondeando la idea -respondió Manu apenas se alejó el encargado con la bandeja vacía-. Hasta ahora definí algunas de las palabras que quisiera oír de tu boca.

-¿Querés que las digas ahora? -Ana comprobó con la yema de sus dedos que el pocillo estaba muy caliente, por lo que luego de colocarle un sobrecito de azúcar y revolverlo varias veces con la cucharita lo hizo a un lado.

-Ahora, siempre, cuando sea -Manu dio un corto sorbo de su bebida sin importarle la alta temperatura de la misma porque a él le gustaba tomarla así de caliente-. Me gustaría oírlas al menos una vez.

-Pero, ¿por qué?

-Porque desde el momento en que las digas, mi vida, y probablemente la tuya también, ya no será la misma.

-¡Ah, bueno! Después de tu última revelación no sé si estoy tan segura de querer saber a qué te referís...

-¿Entonces?

-Y si no me queda otra... -Ana acercó el pocillo hacia la porción de la mesa que ocupaban sus manos.

-¿Estás lista?

-Sí, sí -la mujer bebió despacio y luego miró fijamente al traductor-. Soy todo oído.

-Acá va:

-Dale, che -Ana aplicó un suave puntapié a la pantorrilla de Manu por debajo de la mesa y él le respondió con la misma maniobra.

-Esto es serio, che -se quejó el traductor, severo pero sin perder delicadeza.

-Perdón -Ana bajó la mirada, simulando sentirse avergonzada.

Entonces, Manu hizo una pausa y volvió a beber de su cortado.

-Lo que más me gustaría que me dijeras es que vos me querés tanto como yo te quiero a vos desde el momento en que te conocí.

Ana alzó su rostro y Manu lo observó ruborizado como nunca antes en su vida, ni siquiera cuando habían mantenido relaciones sexuales. Y mientras ella no podía hallar una respuesta en su convulsionada mente y buscaba las palabras adecuadas en su corazón, él la miró largo y tendido, expectante.

-Manu -dijo la mujer al cabo de unos segundos de tensión-, a mi me encantaría, y no sabés cuanto, poder decirte eso que vos querés, pero...

El traductor notó las interrupciones involuntarias en el habla de la mujer y procuró calmarla acariciando sus manos.

-Ya sé. No podés. Y te entiendo -Manu posó sus dedos índice y mayor en los labios de Ana, cuyos ojos se pusieron vidriosos.

-Yo te quiero -balbuceó ella.

-Lo sé, pero no de la misma forma -el traductor retiró sus dedos de la boca de ella y volvió a acariciarles las manos.

-Quizás no es la manera que vos quisieras -Ana recobró la fluidez en sus palabras-. Pero es real. Te lo aseguro.

-También lo sé.

-¿Y qué hacemos?

-Mi propuesta sigue en pie, más firme que nunca.

-Ya te dije que no estoy segura de irme de acá -Ana meneó la cabeza, disgustada- por más que allá, ya sea en Avellaneda o Trevithick, voy a poder estar más cerca de mi familia, mis amigos y de vos, retomar mis estudios y volver a mi antiguo trabajo.

-¿Eso significa un no?

-No.

-Pero tampoco un sí.

Ana asintió con la cabeza y después agregó:

-Lo que vos tenés que entender es que cuando yo vine acá con Juan fue la primera y única vez en la vida que relegué mis prioridades.

-Te entiendo. Pero, quizás, tendrías que ver este momento como una oportunidad de retomar esas prioridades relegadas.

-El punto es que con el tiempo adopté nuevas prioridades y ahora no estoy dispuesta a relegarlas tan fácilmente. Fue muy doloroso cuando lo hice la primera vez y no quiero volver a sentirme así.

-Sé que es difícil pero para mí también lo es -Manu entornó la mirada y la enfocó en el pocillo semi vacío-. Yo no puedo mudarme a la villa ahora, cuando tengo pendiente el tema del ADN...

-Entonces no resolvamos todo hoy. Esperemos.

-Entiendo que nadie nos apura y que tenemos tiempo, pero no quisiera volver a esperar tanto, como lo tuve que hacer para llegar hasta este momento. No sé si lo podría aguantar de nuevo.

-Yo tampoco. Quedate tranquilo.

-Bueno -Manu alzó las manos a ambos lados de la mesa-, al fin nos ponemos de acuerdo -bromeó justo antes de levantarse para empezar a caminar en dirección al baño de la cafetería de la terminal.

-Ey, ¿por qué dijiste que lo que te gustaría oír de mí cambiaría tu vida? -Manu frenó su marcha y dio media vuelta hacia la mesa donde se encontraba ella.

-Porque si yo tuviera la seguridad de que vos me querés como yo te quiero a vos dejaría todo lo que hay hoy en mi vida para que estemos juntos.

-¿Para tanto?

-Sé que suena cursi, pero así me siento, Ani: yo sería capaz de hacer cualquier cosa para estar con vos, pero necesito saber que vos estás dispuesta a lo mismo, que es recíproco.

Ana volvió a sonrojarse en silencio y Manu retomó su camino hasta el baño donde orinó de pie en un oloroso mingitorio, extremadamente satisfecho porque tras casi una década, le había dicho a Ana la más pura verdad sobre sus sentimientos hacia ella, quien ahora contaba con toda la información necesaria para animarse a tomar una decisión en igual sentido.

A la salida del baño, sucio y en mal estado como cualquier otro baño público de cualquier otra terminal de micros del país, había una cartelera amurada en la que Manu se detuvo a leer los distintos folletos y panfletos pegados en ella. Y en uno de ellos leyó un aviso que ponía a la venta una interesante propiedad en *Gipfel*, lo que le llamó la atención ya que en el último tiempo él había estado haciendo averiguaciones por los nuevos créditos hipotecarios dispuestos por el Gobierno y también la banca privada para adquirir su vivienda propia, aprovechando que ahora tenía un buen sueldo y 100% en blanco en la petrolera.

Pensar que por el mismo precio, allá te comprás apenas un mono ambiente y acá te ofrecen un rancho de una hectárea, pensó mientras permanecía parado frente a la cartelera, con los brazos cruzados. Todo muy cómodo, sano y pintoresco, pero te la regalo vivir ahí, porque salvo que trabajes en el mismo pueblo necesitás mucho tiempo y un buen vehículo para moverte. Además estás completamente solo y en el medio de la nada, a merced de la naturaleza, concluyó mientras regresaba a la mesa de la cafetería donde lo esperaba Ana.

-¿En qué te quedaste pensando? -preguntó Manu apenas se volvió a ubicar en su silla, enfrente de Ana, quien tenía apoyada su mejilla izquierda sobre la palma del mismo lado y miraba hacia la playa de estacionamiento donde su Fiat 147 parecía de juguete al lado de los micros de dos pisos detenidos en las plataformas.

-En que vos podrías ser un gran maestro de Inglés en cualquier colegio de la villa, si quisieras.

-Yo ya cumplí con mi servicio a la comunidad. Por más de una década. Ahora sirvo al mundo empresarial. ¡Jajá!

-Y... con este nuevo gobierno no me sorprende en absoluto.

Manu miró su pocillo y darse cuenta que estaba completamente vacío bebió del vaso de soda que se encontraba al lado del primero, junto a la diminuta galletita de vainilla y limón que servían de regalo con cada infusión.

-Bueno, chinita -retomó risueño-. No te olvides que vos, más allá de tus dulces, trabajás para un banco privado, cuyo único servicio a la comunidad es quedarse con la mayor cantidad de plata posible.

-No seas malo, che. Que sabés muy bien que esa no es mi vocación.

-Lo sé. Pero vos podrías entender que en este país todo se mueve en ciclos, como en un círculo vicioso, donde lo único que varía es cuánto dura cada etapa.

-Entiendo perfectamente que estamos en un cambio. Y del mismo modo confío en que en algún momento, espero no muy lejano, vamos a volver a una etapa como la anterior.

-No te hagas demasiadas ilusiones, Ana. Porque justamente son cambios para no cambiar y por culpa de eso, la gente común, como nosotros dos, siempre termina perdiendo.

-¿Y vos pensás que yo no me doy cuenta de eso?

-Yo no dije eso.

-Quizás vos puedas aceptarlo de buena gana, pero yo no.

-Yo no es que lo acepto de buen agrado. Estoy resignado, que es distinto. Pero tampoco se puede vivir con una frustración permanente porque uno termina quejándose todo el tiempo de todo, como vos. ¡Jajá!

-Yo no me vivo quejando, che -Ana arrojó hacia el rostro de Manu un bollito de papel hecho con los restos del sobrecito de azúcar pero que no alcanzó su blanco ya que él se hizo a un lado justo a tiempo.

-De todos modos, siempre fuiste quejumbrosa y crítica, por lo que me decepcionaría mucho que cambiaras tu forma de ser.

-Vos no eras así -Ana movió lateralmente el dedo índice extendido en su mano derecha.

-¿Así, cómo?

-Tan pro *status quo*.

-¡Que se yo! -Manu largó una carcajada-. Lo único que te puedo decir es que el sistema es así y que para que las cosas cambien hay que destruirlo por completo y sustituirlo por uno nuevo y absolutamente distinto, pero nadie está dispuesto a pagar ese precio. Así que...

-Así estamos -la mujer se encogió de hombros.

-Exacto.

Ana acabó con su cortado mientras que Manu chequeó la hora en la pantalla de su *smartphone*.

-A mí lo que me tiene realmente cansada -reanudó ella al tiempo que él seguía mirando la pantalla de su móvil- es lo de volver a empezar.

-Y sí -Manu alzó la vista hacia la mujer-. Eso cansa a cualquiera.

-Pensá que cuando me vine acá tuve que comenzar de cero y, encima, dos veces, primero con Juan y después sola. Ahora no sé si tengo las energías suficientes para hacerlo de nuevo.

-Mirá Ana, sacando lo nuestro del medio, si vos decidís volver para estar más cerca de tus afectos y terminar la carrera no estarías empezando de cero. Ya sé que es tu vida y no pretendo inmiscuirme, pero desde mi punto de vista, sería como reanudar un camino a medio andar.

-Puede ser -suspiró Ana arqueando el entrecejo.

-Pensalo. Quizás lo puedas llegar a ver desde mi mismo punto de vista.

Ojalá, se dijo ella.

-Bueno -Manu se puso de pie-. Ya es casi la hora.

-¿Vamos? -Ana tomó las llaves del auto de arriba de la mesa y se levantó de la silla.

-Voy a pagar a la barra y vamos para la plataforma -indicó el traductor colocándose la mochila en sus hombros.

-Andá a pagar que yo te llevo el bolso -Ana se agachó para tomar las correas del equipaje deportivo.

-Mirá que pesa, eh.

-Yo puedo, no te preocupes.

-Ok, gracias -Manu se alejó de la mesa en dirección a la barra pensando en lo cabeza dura que Ana podía llegar a ser en ocasiones como esta. Y concluyó en que mientras él parecía introducirse cada vez más en un sistema en el que unos pocos poderosos basaban su éxito en generar peleas entre las mayorías con menos recursos, ella procuraba recorrer el camino opuesto, como siempre lo había intentado aunque sin buenos resultados; en parte porque no podía, tampoco sabía cómo y a veces directamente no se animaba. Claro que la mujer era cuatro años más joven que él y podía darse el lujo de seguir soñando con una revolución.

-Recién estuve haciendo números y me di cuenta de que nos conocemos hace poco más de nueve años y que cada tres pasa algo importante entre nosotros dos –dijo Manu cuando estuvo parado junto a Ana en la plataforma, a la altura de la bodega del micro donde acababa de depositar su bolso, el cual él había terminado cargando sobre su espalda desde la cafetería para que ella no se esforzara por demás.

-¿Cada tres? –preguntó ella tomándose de la mano del traductor y dando pasos cortos hacia la puerta de ingreso al colectivo.

-Sí, 2008, 2011, 2014 y 2017.

-El primero y el último son fáciles hasta para una distraída como yo: nos conocimos y nos reencontramos.

-Y en el medio nos volvimos a ver, y a hablar, aunque sea de casualidad, después de dos largos períodos de no tener noticias el uno del otro. Eso también fue importante.

-Entonces, si continúa ese patrón, el próximo suceso importante debería ser recién en 2020.

-Parece demasiado lejana esa fecha.

-Y tan cercana a la vez.

-Podríamos estar viviendo juntos para esa época, ¿no?

-Podría ser, ¿pero dónde?

-Buena pregunta –Manu se frotó el mentón y miró a Ana a los ojos-. La verdad que no lo sé.

-Yo tampoco –dijo Ana y luego besó los labios de Manu, quien permanecía de pie, con la mochila al hombro, junto a la escalinata de ascenso al micro, al que ya habían abordado todos los demás pasajeros que debían hacerlo en esa parada. Sólo faltaba él. Todos ellos, incluyendo el auxiliar de abordaje, lo estaban esperando y él sabía perfectamente de qué se trataba aquel prolongado y tedioso juego en el que no siempre ganaban lo más pacientes sino los más perseverantes.

Buenos Aires, abril 2017.